

Salir a ganar: La memoria como resignificadora de prácticas en el marco de un equipo de fútbol femenino

*Mariel Verónica Bleger**

RESUMEN

ESTE TRABAJO MUESTRA CÓMO A PARTIR DEL DEPORTE, UN COLECTIVO DE MUJERES IDENTIFICA, A TRAVÉS DE RELATOS Y RECUERDOS COMPARTIDOS, LOS MODOS PARA SUBVERTIR CIERTOS LUGARES NATURALIZADOS DE DESIGUALDAD Y SUBORDINACIÓN. A PARTIR DE UN TRABAJO ETNOGRÁFICO DE SUS MOVIMIENTOS DENTRO DE UN ESCENARIO TAN FIJO Y PREESTABLECIDO COMO ES “LA TRADICIÓN FUTBOLERA”, SE ACOMPAÑA EL PROCESO DE CONFORMACIÓN DEL PRIMER EQUIPO DE FÚTBOL FEMENINO BARRIAL. SERÁ A TRAVÉS DEL ANÁLISIS DE SUS PROPIAS NARRATIVAS DONDE SE EVIDENCIAN LOS PROCESOS DE RESIGNIFICACIÓN QUE TRANSFORMARON CIERTOS CONTEXTOS DE RECUERDOS PERSONALES Y PRIVADOS EN TEXTOS COMUNES Y COMPARTIDOS.

PALABRAS CLAVE: RELATOS - MEMORIA - MUJERES - MATERNIDADES FUTBOL.

GOING OUT TO WIN: MEMORY AS A RESIGNIFIER OF PRACTICES WITHIN THE FRAMEWORK OF A WOMEN'S FOOTBALL TEAM

ABSTRACT

THIS ARTICLE SHOWS HOW OVER THE SPORT A GROUP OF WOMEN IDENTIFIES, THROUGH SHARED MEMORIES AND STORIES, WAYS TO SWITCH CERTAIN NATURALIZED PLACES OF INEQUALITY AND SUBORDINATION. STARTING FROM AN ETHNOGRAPHIC WORK OF THEIR MOVEMENT IN A SETTING AS FIXED AND PRE-ESTABLISHED AS THE “FOOTBALL TRADITION”, THIS WORK FOLLOWS THE LAUNCH OF THE FIRST NEIGHBOURHOOD WOMEN'S FOOTBALL TEAM. FROM THEIR OWN NARRATIVES WHERE THEIR RESIGNIFICATIONS EVIDENCED THE PROCESSES THAT TRANSFORMED SOME CONTEXTS WHERE THEY ELABORATE PERSONAL, PRIVATE AND SHARED MEMORIES THE ANALYSIS WILL BE CARRIED OUT.

KEYWORDS: STORIES - MEMORY - WOMEN - MATERNITY - SOCCER.

* Licenciada en Ciencias Antropológicas. Becaria Doctoral CONICET-UNRN- IID y PCA-GEMAS. Correo electrónico: maruble@gmail.com

En el año 2014 tuve mi primer acercamiento a las mujeres que conforman el equipo de fútbol femenino Arco Iris del barrio Virgen Misionera de la ciudad de San Carlos de Bariloche, Argentina. Fue el comienzo de un trabajo de campo que se extendió hasta comienzos del 2017, momento en el que presenté la tesis de la cual se desprende este artículo. A partir de una etnografía en movimiento, este escrito recorre las trayectorias individuales de las jugadoras de dicho equipo. Al mismo tiempo que se detiene a reflexionar sobre las estrategias que construyen colectivamente ya sea en los procesos de recuerdo y olvido, como en sus formas de actuar o encarnar ciertas subversiones a lo socialmente establecido en lo que respecta al Fútbol, al tiempo libre, la maternidad y el respeto. Desde sus propios relatos se entreteje un argumento donde los recuerdos de la niñez, la invisibilización del equipo en el entramado barrial y sus roles sociales (madres, amigas, jugadoras, hijas, esposas, estudiantes, trabajadoras) se presentan con un agenciamiento más marcado cuando lo hacen como parte de un colectivo y no como mujeres solas. Las jugadoras de Arcoiris se cuentan a sí mismas y al hacerlo sus relatos devienen en sus trayectorias: su historia de viajes, pasajes, caminos, atajos, detenciones, instalaciones estratégicas o moradas de apego, en un espacio social determinado (Blaser, 2009; De Certeau, 1999; Grossberg, 2003).

Hacia ya tres años trabajaba como docente en la escuela primaria que lindaba con la cancha de fútbol que pasaría a ser mi campo de investigación. Al salir de una de las jornadas laborales divisé en aquel predio cómo varias de las mujeres que hasta ese momento eran para mí “las madres de la escuela” vestían los colores del Club Arcoiris (habituales para mí por la cantidad de alumnos que las vestían cotidianamente casi como segunda piel bajo el guardapolvo blanco de la escuela). Recuerdo que lo que más me llamó la atención de esa primera observación (que se convertiría en significativa con el tiempo) fueron las voces altas y las risas estruendosas de esas mismas mujeres que siempre parecían tímidas y casi inmóviles en el patio de la escuela. El marco teórico entonces desde un principio trata de dar cuenta de la complejidad de la práctica social estudiada y, para ello, combina en el análisis las performance académicas, extra académicas y subalternas; involucra la posibilidad de registrar y producir, respondiendo a las necesidades de los grupos con los que trabajamos.

Tal como se advertirá en el desarrollo de este artículo el diseño metodológico elegido se basa en el enfoque etnográfico tanto en la producción del corpus como en el análisis del mismo. A lo largo de tres años asistí a los entrenamientos, a los eventos realizados para recaudar fondos y acompañé al equipo a distintos barrios cuando debían jugar partidos de visitante. Al mismo tiempo realicé un registro gráfico de dichos encuentros y durante este tiempo se realizaron entrevistas formales a integrantes del equipo y personas allegadas al mismo, como también la elaboración de reuniones más amplias donde se abordaron algunos temas en particular que la coyuntura social iba presentando¹. En esta línea será Rosana Guber (2001) quien presente al campo como “una porción de lo real”, es decir como un constructo realizado por el investigador. El campo entonces, no se trata de un recorte geográfico, sino más bien de un entramado de interacciones donde lo cotidiano y lo personal se relacionan circunscribiéndose al vínculo entre las mujeres que conforman el equipo de fútbol y mi mirada como investigadora.

Siguiendo con esta línea, la etnografía no puede pensarse sin la asunción de un compromiso político y ético para con los sujetos que forman parte de los procesos que estudiamos (Ramos, 1992). En todo momento se trabajó con el fin último de pensar las trayectorias de las jugadoras y en el encuentro de las mismas en el marco del equipo de fútbol. Desde el primer encuentro con las jugadoras tuve la sensación de que debería construir herramientas que me permitieran realizar un registro etnográfico en movimiento. Por los lugares que ellas recorrían (solas y como equipo), por los relatos que nos trasladaban a otras épocas y espacios

1 Durante este tiempo hubieron algunos casos de violencia de género que conmovieron a la ciudad de San Carlos de Bariloche y en el equipo resonaron y se discutieron en relación a sus propias vivencias.

geográficos pero, por sobre todas las cosas, porque en dicho movimiento parecían siempre encontrarse. Y, entonces una etnografía que registrase una escena quieta estaba siendo desleal a la dinámica que me propuso desde un primer momento mi unidad de análisis. En relación a la importancia del movimiento a lo largo de mi investigación he tomado los aportes de George Marcus (2001) en lo que respecta a las etnografías multilocales. Por otro lado, pero con la intención mencionada anteriormente de generar una herramienta que sea funcional al trabajo de campo que debía realizar, fueron centrales los aportes de las lecturas de Michael Jackson (1990) acerca de las “etnografías mínimas”. Permitiendo de esa manera el trabajo pensando las tensiones de lo particular con lo universal como objetivo de la práctica etnográfica y así poder a través de la etnografía generar registro de situaciones cotidianas –casi imperceptibles– para luego relacionarlas con tensiones o supuestos de índole más general. Estos movimientos por mínimos que pudieron parecer en los inicios de la investigación se fueron iluminando e hilvanando a otras performatividades y rigideces relacionadas a las nociones de género que el campo iría develando.

La ciudad San Carlos de Bariloche es uno de los lugares más turísticos de Argentina. Su ejido urbano está conformado de tal forma que el recorrido que realizan los visitantes evitan los barrios periféricos como Virgen Misionera. Este es un barrio que se ha ido conformando a partir de ocupaciones, asentamientos y organizaciones sociales y de militancias territorial. Una de sus principales características es que en su interior son varias las instituciones que funcionan y organizan la vida barrial (escuela primaria, secundaria e inicial, iglesia y sala de salud) asimismo será el Club social y Deportivo Arcoiris el que oficie de punto de encuentro y creador de identidad barrial. Al caminar por las calles de tierra del barrio es normal ver camisetas del club de distintos tamaños colgando de las sogas para tender la ropa. El mismo se creó como un proyecto socio comunitario y por eso lleva el mismo nombre que el jardín de infantes del barrio. Cuenta con más de 12 divisiones inferiores de fútbol masculino y la primera división masculina es la que juega el campeonato municipal de la Ciudad. Y, un equipo de fútbol femenino con quienes pude compartir tres años que al ser la única división conformada por mujeres está conformado por mujeres que van desde los dieciséis a los sesenta años.

La memoria puesta en contexto

A lo largo de esta investigación muchos fueron los momentos en donde las entrevistas o conversaciones informales devinieron en anécdotas y recuerdos de un pasado compartido pero no identificado del todo como colectivo. De hecho fue en la posibilidad de narrarse a sí mismas frente a otras donde esas experiencias individuales se volvieron parte de un todo más grande que parecía unir las experiencias en coincidencias y similitudes. Uno de los desafíos al trabajar desde una perspectiva de género en los modos de recordar implica, por un lado, hilar aquellas experiencias privadas que se nos cuentan como parte de un entramado más amplio. En palabras de Jelin (2014: 158) “combinar la necesidad de construir una narrativa pública que al mismo tiempo permita recuperar la intimidad y la privacidad”. Y por otro lado escuchar y ser parte de esos relatos en movimiento sin forzar o asociarlos por default a categorías que circulan en la academia feminista. Este colectivo de mujeres genera resistencias e inaugura sus propias revisiones del sentido común que construye al fútbol como un ámbito masculino.

La realidad de haber vivido sus infancias en el mismo barrio o en otros con semejanzas estructurales permitieron la identificación de algunos puntos en común de los relatos que se iban construyendo en los espacios compartidos.

Serán entonces esas marcas del relato que, construidas como consejos o anécdotas, presuponen y crean contextos significativos o marcos de interpretación compartidos. Se trata de mostrar cómo estos marcos habilitan la formación de sentidos de pertenencia y de subjetividades al señalar claves de lectura para interpretar las conexiones entre los elementos de una trayectoria propia y los de hasta ese momento ajenas.

Este proceso de recordar y relatar con otras inicia con el reconocimiento de ciertas imágenes del pasado como Índice² históricos de conexiones significativas entre pasado y presente. Es decir, a través de la identificación de ciertos recuerdos compartidos los grupos pueden recrear determinados marcos comunes de interpretación. La aparición de estos Índice son importantes para los procesos de memoria puesto que los mismos se constituyen como tal en la medida en que estos Índice se comparten habilitando la articulación entre sus experiencias en el pasado y la producción de conocimiento en curso. Estos Índice conectan eventos pero también actualizan interpretaciones y consejos acerca de cómo continuar el curso de la historia. Consejos que han sido resguardados en formas culturalmente significativas de expresión (Ramos, 2005). Así como se ha establecido la importancia del relato, el “consejo” también adquiere relevancia en esta investigación, puesto que será a partir del reconocimiento de consejos compartidos –asociados con la infancia– por este grupo de mujeres que muchas situaciones del presente se comenzarán a resignificar.

En este sentido no se trata de que la escucha a estas mujeres innove con grandes aportes teóricos antropológicos, sino que como dice Marta Lamas (2018) aprovechar que “lo que aporta la categoría de género sirva de insumo para construir una nueva manera de plantearse viejos problemas”. La división y administración del tiempo libre, las concepciones de respeto y solidaridad e incluso la posibilidad de repensar algunas nociones como el “aguante” o la “hinchada”.

Hacer visible lo invisible ha sido uno de los lemas más potentes del incipiente feminismo académico de los años 70. En los extractos de conversaciones que transcribo en este artículo ciertas invisibilizaciones esas “cosas chiquitas” se transforman en recuerdos y devienen en cosas importantes. Larguía y Dumoulin (1976) mencionan cómo el reconocer y nombrar otorga existencia social y al obtenerla comienza un proceso de reivindicación. Las mujeres del equipo en sus narrativas hacen visible y explícito aquellas fracciones de sus rutinas diarias (llevar y traer hijos al colegio, encargarse de los propios y los ajenos, demandar igualdad de condiciones en ciertas prácticas) “esas cosas chiquitas” que relacionan con sus modos de ser quiénes son ahora. Que implican la necesidad de analizar lo cotidiano. Para poder conceptualizarlo y así descubrir allí en lo anti-heroico la trama cosmológica que sostiene y reproduce (Jelin 2020).

Al igual que los consejos, las anécdotas se construyen la mayoría de las veces dependiendo de quienes las escuchan. De hecho su carácter fundamental reside en la posibilidad de transmitir una vivencia, que ya sea individual o colectiva, será embestida por la presencia de un otro que la escucha y a su vez se vuelve parte. La memoria entonces opera como una suerte de aguja de tejer. Puesto que los recuerdos funcionan como redes para albergar trayectorias que a su vez se encuentran ancladas en realidades sociales y políticas determinadas.

En relación a esto, se me ocurre la analogía con un juego literario llamado “cadáver exquisito”, el cual consiste en que cada participante escriba una oración de una historia, doble el papel sobre sí mismo para ocultarla y se lo pase al compañero de al lado, quien continúa la escritura con una oración de su propia historia. Cuando el papel inicial termina su vuelta, aquel primer participante lo despliega y lee una historia que ninguno contó pero que todos construyeron. La analogía entre los procesos de memoria colectiva y este juego apunta a poner en relieve la certeza de los participantes respecto a la conformación de una historia compartida independientemente de los plegamientos y relatos individuales que la fueron construyendo.

Es en este intercambio y en la construcción de un relato común donde también se generará una clave de lectura compartida. Ahora bien, si se entiende al Índice como una imagen del pasado que permite generar conexiones con el presente, desde el que se recuerda, se genera en el relato lo que Benjamin (1967) llama una constelación entre pasado y presente.

2 Las lecturas más recientes sobre los trabajos de Walter Benjamin, hacen foco en las tensiones en torno a la construcción de claves de lecturas desde un presente que trae imágenes del pasado que son significativas para determinados procesos de reconstrucción de memoria. Véase McCole, 1993; Wolin, 1994; Kohn, 2002.

Asimismo para estudiar la formación de memorias sociales, es necesario, en primer lugar, identificar y comprender los actos de transferencia que habilitan la posibilidad de recordar colectivamente. En este sentido, los actos, palabras e imágenes que traen consigo conocimientos del pasado son permanentemente incorporados a la vida de las personas a través de ciertas prácticas ritualizadas y hábitos asumidos en la cotidianeidad (Connerton, 1989). Los procesos de recuerdo se constituyen a través de los relatos en marcos interpretativos de la realidad.

Para esto, la memoria se constituye como una práctica social de transmisión que recurre a imágenes temporales y espaciales. Al respecto, Maurice Halbwachs (2004) sostiene que ciertos lugares físicos o momentos de la vida social se transforman en “mojones” que permiten a las personas enmarcar los procesos de memoria a partir de los cuales recordamos. Ahora bien, a lo largo de mi investigación he ido reconociendo estos mojones que me permitieron comprender cómo se objetiva la memoria “de formas significativas para los procesos de interacción social” (Ramos, 2011). Si recordar juntas implica la identificación de un “rastros” de una historia en común (Halbwach, 2004), las jugadoras del equipo a medida que las conversaciones en torno al cómo habían llegado a ser parte del equipo lo encontraron en los recuerdos de sus infancias y sus inicios en el fútbol. A continuación expongo un extracto de conversación en donde varias de las trayectorias parecieron anudarse en un pasado reciente que al traerlo al presente (en donde esa conversación se produjo) las coloca en un lugar de resignificación de aquella suerte de momento inaugural al mundo futbolero:

“MB:- ¿Cómo empieza su relación con el fútbol?”

Viviana: No empezó nunca, siempre estuvo. En casa se mama³ fútbol desde siempre.

Susana:- Mi viejo nos hacía jugar a todos a la pelota. Si no te querías quedar afuera tenías que saber jugar bien al fútbol.

Esther:- Es que es una forma de hacerse del grupo, de los amigos, y que te respeten.

Susana:- A mí me empezaron a respetar cuando se dieron cuenta que si me tenían de su lado metía goles (risas).

Viviana: Te miran distinto si jugas sin pegar patadas. Si demostras técnica te toman en serio. Ni a palos sos un marimacho. Sos una mina que sabe jugar a la pelota.

MB: Entonces ¿Desde chiquitas juegan todas al fútbol?”

Susana: Mi viejo nos enseñó a jugar para saber cómo hacernos respetar. Era un tipo muy abierto” (Registro de campo, 2014).

En este marco, la intervención del padre en relación al fútbol representa la manera en la que se trae al presente una historia de transmisión de consejos (MaCole, 1993) Ahora bien, el consejo del padre sugiriendo que “todos” jugasen al fútbol para demostrar el dominio de la pelota y así obtener una suerte de respeto puede ser entendido como uno de los mojones o Index históricos con los que ellas articulan las experiencias pasadas --de ellas como mujeres-- y las presentes --de ellas como jugadoras de fútbol. Como sostendré a continuación, los sentidos del “ser juntas” resultan de estos consejos aprendidos o heredados, desde los cuales las jugadoras orientan el devenir de su acontecer como equipo de fútbol.

Este extracto de conversación deja entrever cómo la fuerza de un consejo puede construir al fútbol como práctica homologable a la de obtener respeto de los demás. De este modo, en los relatos sobre la infancia que ellas rememoran, el fútbol suele aparecer como la vía aconsejada para llegar a ocupar un posicionamiento socialmente valorado como mujeres: “*Mi viejo nos enseñó a jugar para saber cómo hacernos respetar*”, “*Te miran distinto si jugas sin pegar patadas*”, “*Sos una mina que sabe jugar a la pelota*”. La idea implícita y compartida que recorre ese diálogo (que podría pensarse como “somos mujeres y no nos pueden meter goles”) adquiere sentido en la comparación de las habilidades de unos y otras para jugar al fútbol; en

3 Expresión que hace referencia al momento de la lactancia, y señala una condición adquirida desde la primera infancia. En este caso la relación con el fútbol.

otras palabras, es en el borramiento de la diferencia a través del juego —y de un juego concebido como masculino— donde estas mujeres logran impugnar los estereotipos que suelen presuponer asimetrías de género.

La posibilidad de ser respetadas, tal como aparece en los consejos y relatos transmitidos, depende de hacerse evaluar por la “vara” de la capacidad futbolera. Este es el sentido que adquieren los relatos de la infancia en los que ellas despliegan sus antecedentes en la práctica de jugar al fútbol: *“A mí me empezaron a respetar cuando se dieron cuenta que si me tenían de su lado metía goles (risas)”*.

La imagen de la jugadora niña que metía goles frente a la mirada de los hombres (padres u otros) opera como un Index histórico, en los términos antes descritos de Walter Benjamin. Esta imagen tiene el potencial de articular el pasado (“cuando éramos chicas”) y el presente (la conversación desde la cual esa imagen de la infancia se hace legible para el grupo) con la fuerza de un consejo o mandato. Para estas mujeres, el consejo o mandato heredado consiste en “hacerse respetar”.

Será a través de conversaciones repensando sus inicios, sus infancias y sus roles en el presente como en el extracto seleccionado donde ellas recreen los marcos comunes de interpretación de sus trayectorias barriales como mujeres. Parto de la idea de que no todo es memoria en todo momento, sino que la misma se constituye como tal a medida que se comparten y transmiten esos Index que hacen posible articular experiencias como conocimiento del pasado. Así, sostengo que el consejo de hacerse respetar a través del fútbol —como forma privilegiada de hacerlo— habilita sus recuerdos como memorias comunes y organiza las experiencias en una clave de lectura compartida.

Ahora bien, a lo largo de mi investigación los diálogos de otras personas en los que las jugadoras eran el tema, solían referirse a ellas a partir de comparaciones con los hombres y en comparación con otros equipos barriales. *“Éramos muchas las mamás que nos juntábamos a esperar que nuestros hijos terminaran de entrenar. Cuando las pelotas se iban de la cancha las empezamos a agarrar y a hacernos pases entre nosotras. Así fuimos pensando armar un equipo. Hay muchas que jugaban muy bien así que nos alentamos entre nosotras. Pero no teníamos el apoyo del club. En muchos aspectos seguimos sin tenerlo”* (María, fundadora del equipo, Octubre 2016). En principio, el mandato heredado pareciera presuponer un argumento comparativo similar: *“tenés que hacerte respetar, y para eso el camino es parecerse a los hombres”*. Pero cuando este recuerdo aparentemente individual es seleccionado como Index de interpretación de sus biografías y como orientador de su proyecto de armar un equipo de fútbol femenino, pasa a convertirse en un elemento que desafía aquellos presupuestos en dos sentidos. Por un lado porque cuestiona la necesidad de parecerse a los hombres para ser respetadas y por otro porque plantea la posibilidad de ser mujeres en sus propios términos.

En una ciudad donde los casos de violencia doméstica han comenzado a ser más denunciados y las muestras de solidaridad entre mujeres se ha llegado a institucionalizar en algunos barrios periféricos la posibilidad de “ser jugadora” embiste de nuevos sentidos el anudamiento de vivencias individuales en su “ser mujer”. La idea de reconocerse como “las mamás que se juntaban a esperar y pelotear” habilito un lugar impensable en el imaginario barrial: ellas, las madres eran a partir de ahora las jugadoras. En este sentido hay una apropiación de ese “respeto” del que hablan. No tanto del sentimiento en si. Sino en la audiencia que lo otorga. En el recuerdo son los hombres quienes “empezaban a respetar si metía goles”. En cambio desde el presente en e que se narra la búsqueda de ese respeto esta dado entre pares mujeres. Y esta asociado no tanto al talento. Sino al compromiso, la lealtad y las formas de solidarizarse para con las vidas y situaciones diarias que cada una debe enfrentar por fuera de los noventa minutos que marca el entrenamiento.

En este sentido es Leydesdorff (1996) quien trabaja sobre la importancia que tienen los contextos desde dónde las mujeres construyen sus relatos de recuerdo y olvido. Aportando una lectura sobre los modos característicos que tienen las mujeres al recordar sus vidas cotidianas, así

como la vida social o los eventos en los barrios en los que se desarrolla su vida. En parte porque suelen hacerlo en detrimento de una organización secularizada por los compromisos afectivos y tareas de cuidado para con otras y otros.

En los siguientes apartados trabajaré esta subversión mencionada a través del análisis de dos prácticas en particular: las jugadoras siendo madre y las jugadoras siendo hinchada. Será a partir de esta multiplicidad de roles y de la aparente experiencia de desigualdad, o de los lugares naturalizados de subordinación, que se observará el pasaje hacia un lugar propio de respeto y de construcción de su ser juntas.

La memoria resignificando infancias

Los grupos se apropian de los recuerdos una vez que los reconocen compartidos y, con ellos, interpretan el curso de la historia en la que participan. En ocasiones, estas interpretaciones irrumpen los cursos predecibles de ese acontecer proponiendo formas novedosas de orientar los sentidos de sus acciones colectivas. Las mujeres del equipo realizan estas apropiaciones de acuerdo con sentidos propios y bajo necesidades y circunstancias relacionadas con sus propias biografías.

La idea de respeto analizada anteriormente conecta experiencias comunes en un “nosotras” desde el cual hablan las jugadoras de Arcoiris. Ellas suelen ser definidas a los ojos de los varones del barrio como una copia del deporte que por excelencia en Argentina ha sido masculino. Sin embargo, este colectivo de mujeres ha logrado ser más que eso, puesto que subvierte mediante su presencia en la cancha las comparaciones impuestas, y se define --en el sentido subversivo de Butler (2005)-- como una “copia infiel de la original”. Infiel en tanto y cuanto se estilizan los deseos de respeto mediante comparaciones muy diferentes a las que propone el discurso dominante. Alentadas, a través del encuentro como equipo, ellas construyen un relato colectivo donde la desujeción se enviste de los mismos vocabularios y reglas del fútbol.

Ahora bien, desde este nuevo marco de interpretación se empiezan a hacer visibles situaciones que solían permanecer cubiertas bajo un manto de naturalidad. Lo que me gustaría mostrar es que, para el caso de las mujeres del equipo de fútbol Arcoiris Femenino, la particularidad de estos cambios de percepción no reside en hacer visible cierta desigualdad para denunciarla, sino en hacerla visible como una práctica representativa y valorada de su ser juntas. Y lo más importante, que en ese énfasis reside el potencial cuestionador de sus posicionamientos como mujeres que juegan al fútbol. La posibilidad de cuestionar junto con otras se hace tangible al pensar determinadas fijeza establecidas socialmente por ejemplo en relación a la maternidad. Estas mujeres suelen concurrir a los entrenamientos acompañadas por sus hijos e hijas.

Las dinámicas que allí suceden muchas veces tiene que ver con las demandas que la multiplicidad de roles mencionada anteriormente propone. La única división del club que sufre interrupciones por personas ajenas al equipo es el de las mujeres. Pero entonces lejos de ser eso un símbolo de falta de compromiso o perjudicar la seriedad del encuentro deportivo, se produce una negociación de nuevas formas de entender lo que abarca en ese barrio y frente a esa audiencia determinada ser mujeres, con hijos, jugando al fútbol:

Evelyn se acercó a Joaquín quien se había tomado todo el jugo esperando que pase el primer tiempo y le pidió que no vaya a los juegos mientras ella jugaba así le iba a ser más fácil concentrarse. Joaquín con dos años pareció entender a la perfección ese pedido y durante los siguientes 45 minutos se quedó sentado viendo a su mamá jugar y meter goles. Era imposible no gritar, no alentar. No paraban de meter goles. Cuando finalmente el silbato sonó, todas se abrazaron en la cancha. Evelyn, que había sido la goleadora del equipo, se acercó corriendo a abrazar y besar a Joaquín. “*No seas pecho frío y anda a festejar con tus compañeras*” le dijo Gustavo (el entrenador) a lo que ella respondió “*Él es mi hinchada, el que me banca los partidos y las pasiones*”. Sus compañeras corrieron hacia el lugar donde ella estaba y la abrazaron y

despeinaron toda. Dos de ellas se acercaron a Joaquín, se lo pusieron en los hombros y corriendo por la cancha gritaban “dale campeón... dale campeón...” (Diario de campo, anteúltima fecha del torneo julio-diciembre 2015, jugando de visitantes).

Las tensiones entre la fortaleza y la debilidad que hacen a la condición de ser madre una práctica representativa y valorada se evidencian en este extracto de mi diario de campo y comienzan cuando la jugadora corre separándose del grupo para abrazar a su hijo. Entiendo que en ese encuentro quedan en evidencia la serie de “no eventos”⁴ que ellas fueron resignificando para abonar el ser juntas/ ser equipo del que se viene hablando. De alguna manera Evelyn debió explicar y justificar por qué ese abrazo era una celebración. Se vió obligada a construir un epílogo del abrazo (“Él es el que me banca”) que diera cuenta de la inauguración de nuevas formas de festejo. Evelyn dio un nuevo sentido a la tarea de cuidar a su hijo aquel día - para el que tanto había entrenado- pudiendo encontrar, en este hecho, la posibilidad de tener un espectador significativo en vez de una “dificultad o distracción”.

En esta misma dirección, estar atentas a lo que ocurre en la cancha fue adquiriendo otros sentidos. Saber jugar al fútbol y concentrarse en el juego implica para estas mujeres también mirar, como lo hizo Evelyn, hacia el costado donde su hijo amenazaba las alturas de una trepadora⁵. En parte porque todas las jugadoras asumieron la responsabilidad de mirar para afuera del campo de juego cuando advertían que un golpe podía estar pronto a sucederse. De hecho expandieron los perímetros que un partido de fútbol propone haciendo que el área chica (“no saquen la mirada del área chica cuando ataquen”⁶) llegase hasta los juegos de aquella plaza improvisada.

Hay en esta anécdota una intencionalidad de cambiar el curso de la historia. Esta mujer que es jugadora y madre está tomando aquel consejo de padre analizado anteriormente pero lo está reactualizando de alguna manera en el recuerdo que creará a los ojos de Joaquín. Esas que juegan son mujeres que se hacen respetar y además meten goles. Para ese niño, la idea de respeto se construye con los besos, la comprensión, el apoyo y la mirada solidaria de esas mujeres. Porque que las mujeres sepan jugar al fútbol para él no es materia de discusión.

En la frase “él es mi hinchada” resuena la necesidad de aprobación y apoyo. José Garriga Zucal (2000) cuenta en sus trabajos sobre las hinchadas de fútbol cómo los integrantes de la misma las definen como espacios donde la fidelidad y el fervor están siempre presentes. Me pregunto cuánto de eso tiene Joaquín consigo. Sin embargo cómo la simpleza de esa justificación que mediaba el abrazo entre Evelyn y su hijo bastó para que el entrenador no le pidiese nada más. Un componente fundante del fútbol como lo es la hinchada, había servido de capa y espada para que la mirada de un niño de dos años y el abrazo a su mamá no se perdiese en la “banalidad de la ternura” o en construcciones machistas como “amor o instinto maternal”.

El no evento constituido como la experiencia de la desigualdad por ser mujer se transforma en un lugar de anudamiento de las distintas historias que ellas van contando. En la escena detallada más arriba nadie de los que circulaban alrededor de la plaza lindante a la cancha se preguntó quién cuidaba al niño en cuestión, porque se daba por sobreentendido que alguna de las mujeres que jugaba dentro de la cancha era su madre y como tal debía de estar cuidándolo. De nuevo esto responde a geografías de poder más amplias: nunca se ha escuchado en los eventos donde un niño sale corriendo inapropiadamente con la expresión: ¿Dónde está el padre de la criatura?... Pero infinita cantidad de veces hemos escuchado y hasta dicho: ¿Dónde está la

4 Michel-Rolph Trouillot construye este término en su texto “Una historia impensable: la revolución haitiana como un no-evento” del año 2011. El autor denuncia cómo la tradición historiográfica de occidente no logra concebir la revolución haitiana, incluso mientras sucedía, por no entrar en los parámetros imaginables y teóricos que en ese momento se manejaban. Trouillot, se pregunta ¿Cómo escribir una historia de lo imposible?. En este sentido las mujeres de este equipo toman aquellos “no eventos” tan naturalizados e invisibilizados y al colectivizarlos los transforman en lugares de afecto y anudamientos.

5 La trepadora es un juego de plaza donde los niños sortean las alturas y sus habilidades motrices. Las canchas donde juega el equipo de mujeres no está dentro del circuito oficial y esto las hace recorrer patios de escuelas, potreros de los barrios y espacios improvisados para oficiar de cancha de fútbol.

6 Frase utilizada por el entrenador cuando las jugadoras delanteras se posicionan para realizar un gol.

madre de la criatura? Sin embargo en el momento en que Evelyn expresa que ese niño estaba siendo hinchada y no su hijo solamente, le asigna a él un doble rol. Con esta frase ilumina y actualiza tensiones que se entretejen en geografías de poder más amplias que legitiman el tiempo libre de unos por sobre otras, así como la importancia de “la hinchada” de un equipo por sobre la de otro.

Plegando resistencias

El equipo de fútbol se presenta como el componente que escapa de lo esperable en la trama barrial y su relación con el fútbol. Con la intención de revisar ciertas resistencias y sus procesos de resignificación propuestos al comienzo del artículo, es interesante entender cómo las mujeres del equipo crean sus propios marcos de interpretación al internalizar de modos creativos ciertos contextos impuestos de ese “afuera” constituido por el barrio y la cancha (Deleuze, 1995).

Ahora bien, este “adentro” (donde se subjetiva la experiencia compartida de ser una jugadora de fútbol) no es esencial, sino que es el resultado de incontables procesos de interiorización del afuera, a los que Deleuze (1995) denomina “pliegues”. Puntualmente me interesa analizar cómo estos pliegues han devenido, de formas no esperables, en herramientas colectivas para resistir. Como en el juego del cadáver exquisito anteriormente descrito, el resultado colectivo de estos plegados resultó en un texto con capacidad de generar prácticas que (al no ser el reflejo directo de ciertas subjetividades impuestas por el poder sino una articulación novedosa de estas) han puesto en valor movimientos que el discurso hegemónico no detecta. Lo sorprendente entonces es que, a diferencia de la idea de una resistencia que denuncia y exige la atención para revertir ciertos mandatos, estas mujeres han decidido transitar los replegamientos colectivos eligiendo por quienes ser vistas.

“Esta sensación de fiesta empezó a desvanecerse rápido (muy) cuando todas necesitaban saber cómo se volverían al barrio. “¿Cuántas entramos en el auto de Maru?...dale dale no tarden que quiero llegar a ver un poquito” Azul comandaba la retirada, mientras se ponía unas calzas negras, una vincha, se acomodaba el pelo y se llenaba de desodorante. Cuando vi que había que apurarse no quise ser menos y también empecé a hacer lo mismo sin dejar de preguntarle a Gustavo, quien se reía de la situación, por qué estábamos tan apuradas. “Están jugando la primera en el barrio y ellas quieren verlos...además pueden decirles que ganaron”. Sin saber muy bien cómo, en diez minutos mi auto se había transformado en una combi, porque llevaba siete personas y por supuesto los dos niños con los que había llegado en un primer lugar. En el auto se peinaban, hablaban todas juntas de lo increíble que había sucedido. “Mi marido siempre que lo llamo cuando terminamos de jugar me pregunta si perdimos, y hoy el muy guacho adivinó. Me dijo ¿qué se siente ganar?” contó Susana. “Darío no lo va a poder creer cuando se lo digamos, valió la pena tanto entrenamiento” dijo Azul que seguía arreglándose el pelo en la parte de atrás. Llegamos al barrio y las banderas de Arcoiris rodeaban la cancha. Me fue inevitable comparar esa hinchada que reunía a todo el barrio con la imagen del aliento improvisado que hacíamos Gustavo, los tres niños y yo. No estoy segura de que las chicas lo hayan notado. Se me escapó y antes que se alejen lo suficiente entre los vecinos del barrio que se amontonaban para ver el espectáculo, les grité “¡cuéntenles a todos que ganaron 5 a 1!” “¿A qué todos?” me respondió María riéndose y apurando el paso para llegar a ver los últimos 10 minutos del partido que la primera masculina perdería por uno a cero” (Diario de campo, noviembre 2015).

La capacidad de transformarse todas al mismo tiempo, me hizo por un momento pensar en que dejaban de ser equipo para pasar a ser hinchada. Sin embargo las decisiones que allí se tomaron en relación a los tiempos, la previsión sobre quién tenía un delineador, o la necesidad de desodorante compartido me hicieron entender que la reconfiguración no tenía que ver únicamente con los lugares no habilitados que circulaban. Sino más bien con la construcción de circularlo redefiniendo la noción entera de ser equipo.

Los dobleces que constituyen a cada una y a todas como equipo las hacen reconocerse aun fuera del campo de juego. De alguna manera de un equipo se espera cierto grado de comportamiento, o incluso de auto-referencia al ingresar al club al cual pertenecen luego de una victoria: *“Están jugando la primera en el barrio y ellas quieren verlos... además pueden decirles que ganaron”*. Pero estas mujeres eligieron estratégicamente no aparecer respondiendo a la idea de equipo que se tiene e irrumpir en la hinchada como un colectivo. Asimismo la pregunta sobre a quiénes les iban a decir de su triunfo podría asociarse a la idea de que a nadie le importase. Pero no es esta la lectura que ellas proponían. Ese “¿A que todos?” marca una manera de plegar los afuera y relativizarlos con sus adentro colectivos. Hay una suerte de código que se establece, una clave de lectura compartida que pareciera mostrar un disfrute por manejar una información que el resto o los otros no tienen. Esa victoria no contada, es una muestra del cambio de audiencia mencionada en el apartado anterior. Los triunfos (y las derrotas) son selectivamente compartidas. En esta selección subvierten la idea de lo público y lo privado porque son ellas quienes deciden romper con esa dicotomía construida desde un sistema patriarcal que administra roles y tareas. Aquello que sucedió en un espacio caracterizado por lo visible y social (el fútbol) se resguarda en una privacidad que deja de ser elemento de opresión para devenir en morada de apego (Ramos, 2005).

Con el cambio de vestuario las chicas marcaron que el espacio de ellas como jugadoras había terminado. Empezaba el de ellas como amigas, hinchada, madres, esposas y novias. Plegaron juntas y desplegaron nuevos roles. Lo novedoso es que aun pareciendo ser roles aislados e independientes, todas seguían teniendo las medias del equipo puesta. En la tribuna se juntaron con otros pero ellas eran inconfundibles. Allí se las distinguía. En estas mujeres el movimiento, los límites con sus fronteras, la circulación por lugares que no parecían estar habilitados (como el fútbol o la maternidad con tiempo libre), la reactualizaciones de sentidos y la elaboración de Index que ha iluminado nuevas formas de garantizar el respeto las hicieron un equipo.

Plegando el ser juntas

No sólo en las conversaciones y entrevistas hay una forma de asumir un entretejido compartido –ya sea en los recuerdos sobre sus infancias como el consejo del padre, que al verbalizarse se vuelven “comunes” o al menos similares. Es también a través de los silencios que entre ellas construyen donde algunos de los trabajos de memoria que sirvieron para analizar situaciones se hacen posibles. Leslie Dwyer (2009), en su texto *A Politics of Silences*, se pregunta sobre la ausencia de relatos sobre algunos temas. Entendiendo que , algunos silencios son falta de interés así como otros constituyen en sí mismos espacios políticos y culturalmente significativos que sirven para tensionar determinados discursos establecidos de manera hegemónica.

“MB: ¿sentís que te sirve para algo más que el deporte venir a jugar a la pelota?”

I: (risas) a veces me olvido que es un deporte. A mí me salvó de los peores momentos que me tocó vivir.

MB: ¿Las chicas te ayudaron o el fútbol?”

I: El fútbol no es fútbol sin las chicas. Fueron ellas las que me alentaron, me hincharon las pelotas⁷ para no bajar los brazos. Cuando te encontrás con un grupo que te mira y sin decir nada ya saben ponerse en tu lugar. No lo soltás más. –bah...no te deja soltarlo” (Conversación informal con una de las jugadoras volviendo de un partido, Mayo 2014).

Este extracto de conversación lo uso a modo de ejemplo para referir a muchas otras situaciones de campo donde también el silencio parece habilitar una forma de plegar. Entiendo, en principio, que el reconocimiento de estos silencios como algo compartido entre ellas actualiza un sentimiento común de confianza que las une más allá del equipo y el deporte.

⁷ Expresión popular y coloquial (que da cuenta de la importancia del fútbol en el folklore argentino) que remite a molestar tanto con riesgo a explotar.

La posibilidad o el derecho que esa confianza genera, y que ellas sintetizan con la expresión de poder “ponerse en tu lugar”, refieren a ese lugar que ellas fueron deslindando en su “estar juntas”. El silencio comienza a operar como otra forma de relato en el momento en el que se vuelve material para la negociación de determinadas situaciones. En el caso del extracto del diálogo se estaba haciendo alusión a una situación específica que generaba mucha angustia en la jugadora, así como la imposibilidad de volverlo visible o audible para el resto de los allí presentes. De hecho, la idea del no evento constituido en la experiencia desigual de ser mujeres en un contexto pensado como masculino está plagada de cosas no dichas (violencia doméstica, discriminaciones por su condición de mujer, cansancios en relación a la distribución de trabajo, invisibilizaciones para con el trabajo doméstico). En este sentido Lorey (2016) propone una lectura crítica que hace ruido entre tantas políticas de silenciamiento que se pregonean de otorgar una suerte de garantía hacia las mujeres en situaciones de riesgo. Cuando lo que se evidencia en estas conversaciones y complicidades solidarias es que sólo a partir de asumir las desigualdades de género, sociales y económicas entre varones y mujeres (o disidencias) se podrá frenar la reproducción de un modelo que aísla, insibiliza y castiga a quienes se animan a pensar y crear nuevas maneras “ser con otras”.

La transcripción de las anotaciones de campo analizado en el apartado anterior de las jugadoras transformándose en hinchada de la primera masculina y decidiendo no irrumpir con su triunfo la escena donde otros eran considerados más protagonistas que ellas revela un silencio y una elección del momento de compartir información mucho más planificado y meditado que la simple espontaneidad de un suceso.

Este silencio, como dice Dwyer, habla memoria. Puesto que inunda a la hinchada con un conocimiento que solo las mujeres allí presentes saben. Sin embargo las vuelve a colocar en un segundo plano de importancia respecto a lo que en el barrio estaba sucediendo. Será al día siguiente más importante en el relato colectivo la derrota de la primera masculina que el triunfo de Arco Iris Femenino.

Ahora bien, este silencio elegido –con el que pliegan sus sentidos de hinchada y sus movimientos al entrar al barrio– habilita de alguna manera una forma casi secreta de construir una idea del “nosotras” que se lleva a cabo en el marco particular del silencio y de la complicidad de saberse poseedoras de un triunfo. Desde este ángulo, el silencio es pensado por Dwyer no simplemente como la ausencia de discurso, sino como un facilitador para la construcción de herramientas que permiten vehiculizar maneras de desafiar lo esperable por el poder.

Reflexiones finales

Si pensamos a los recuerdos como portadores de diferentes niveles de experiencias compartidas, podríamos reconstruir lo hasta aquí trabajado reconociendo distintas capas o profundidades en las formas de contarse a sí mismas como mujeres jugadoras de fútbol del barrio de Virgen Misionera. El artículo acompaña el modo en que las mismas jugadoras fueron habilitando paulatinamente tópicos y narrativas en las conversaciones que fuimos compartiendo, pero también un proceso de entextualizaciones (puestas en relato) que se fueron forjando en el transcurrir de sus propios encuentros. Estos relatos, presentados en formas de fragmentos, adquieren su sentido colectivo al saberse similares y compartir sus formas de aparecer en y referir al movimiento. Ellas no solo se van entrecruzando, sino que también se van encontrando como un grupo de mujeres específico cuyas historias personales se entran sin detenerse en un lugar fijo y determinado. Específicamente, se trata de relatos que ponen en cuestión, por su misma forma de estructurarse en marcha, los discursos “oficiales” donde ellas, como mujeres de un barrio, debían cumplir ciertos roles y ocupar ciertos lugares previstos. Asimismo a partir de ciertas imágenes reconstruidas en este artículo (el consejo paterno, el hijo como hinchada, ellas ingresando al barrio) observamos cómo estas mujeres construyen un lugar de enunciación como jugadoras de fútbol. Es desde ese lugar donde demostraron

un modo distinto al esperado (por la tradición barrial en donde está inmerso este equipo) de actualizar situaciones y transformarlas en nuevos horizontes colectivos.

Entendiendo que las distintas acciones –con las que se conjugan relatos, silencios, valores y protagonismos– pueden ser pensadas como modos de subjetivar juntas sentidos creativos de pertenencia: todas las jugadoras se saben parte del equipo, se reconocen como hinchada, se escuchan como madres, se construyen como mujeres de un barrio determinado y se celebran los recorridos con sus coreográficas paradas.

Será a través de piques cortos y gambetas que estas mujeres se adueñan de la posibilidad de marcar un ritmo que las encuentre en movimiento. Es justamente en esa posibilidad donde la itinerancia subvierte ideas estáticas y reside el potencial político de pensarse juntas como equipo.

Bibliografía

- Benjamin, W. 1967, *Ensayos escogidos*, Sur, Buenos Aires.
- Blaser, M. 2009, “Politicalontology: Cultural Studies without ‘cultures’?”, en: *Cultural Studies* 23, pp. 873-896.
- Butler, J. 2005, *Cuerpos que importan—sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*, Paidós, Buenos Aires.
- Connerton, P. 1989, *How societies remember*, Cambridge University Press.
- De Certeau, M. 1999, *La cultura en plural*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Deleuze, G. 1995, “¿Qué es un dispositivo?”, en: V.V.A.A. *Michel Foucault*, Gedisa, Barcelona, pp. 155-163.
- Dumoulin, J., & Largaña, I. 1976, “Hacia una ciencia de la liberación de la mujer”, en: *Colección Cuadernos ANAGRAMA*.
- Dwyer, L. 2009, “A politics of Silences: Violence, Memory and Treacherous Speech in Pos-1965 Bali”, en: A. O’N. y K. Hinton (Eds.) *Genocide, Truth, Memory and Representation*, Duke University Press, Durham y London, pp. 113-146.
- Ergas, Y. 2000 [1990], “El sujeto mujer: el feminismo de los años sesentaochenta”, en: Duby, G. y M. Perrot (Comp.) *Historia de las mujeres en Occidente*, pp. 539-566.
- Garriga, Z. 2000, “Aguante y represión: fútbol, violencia y política en la Argentina”, en: *Peligro de gol: estudios sobre deporte y sociedad en América Latina*, pp. 211-230.
- Guber, R. 2001, *La etnografía: método, campo, reflexividad*, Grupo Editorial Norma, Buenos Aires.
- Grossberg, L. 2003, “Identidad y Estudios Culturales: ¿No hay nada más que eso?”, en: Hall, S. y P. Du Gay (Comps.) *Cuestiones de identidad cultural*, Amorrortu, Buenos Aires, pp. 148-180.
- Halbwachs, M. 2004, *La memoria colectiva*, Vol. 6, Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- Jackson, M. 1990, “Personhood and agency: the experience of self and other in African cultures”, papers presented at a Symposium on *African Folk Models and Their Application*, held at Uppsala University, August 23-30, 1987, Acta Universitatis Upsaliensis.
- Jelin, E. 2020, “La historicidad de las memorias”, en: *Mélanges de la Casa de Velázquez. Nouvelle série*, (50-1), pp. 285-290.
- 2014, *Las múltiples temporalidades del testimonio: el pasado vivido y sus legados presentes*, visitado en: <https://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/clepsidra/article/view/JELIN/pdf>
- Lamas, M. 2018, La antropología feminista y la categoría género. La antropología feminista y la categoría género, 111-140.
- Leydesdorff, S. et al (Eds.) 2007, *Gender and memory*, Transaction Publishers.
- Lorey, I. 2016, “Estado de inseguridad. Gobernar la precariedad”, en: *Traficante de Sueños*, Madrid, pp. 13-51.
- Ramos, A. 2005, “Disputas metaculturales en la antesala de un juicio. El caso ‘Benetton contra mapuche’”, en: Wilde, G. y P. Schamber (Comp.), *Historia, poder y conflictos*, SB, Buenos Aires, pp. 103-132.
- Ramos, A. 2010, “Cuando la casa escondida apareció a la vista”. Memorias en y de desplazamiento”, Actas de las IV Jornadas de Historia de la Patagonia, Santa Rosa, 20-22 de septiembre.
- Ramos, A. & Kradolfer, S. 2011, “Las memorias de ruta. Repensando los movimientos y las fijeza”, en: *Anuario Americanista Europeo*, N° 9 (Tema central Identidades movedizas), pp. 101-118.
- Trouillot, M. 2011, “Moderno de otro modo. Lecciones caribeñas desde el lugar del salvaje”, en: *Tabula Rasa*, (14), Colombia, pp. 79-97.